

Ponencia: La Huasteca como territorio danzado: identidad, diversidad y resistencia desde el son huasteco

Por Gerardo Ledesma Ledesma

México – Querétaro / Región Huasteca

[1] Introducción: el cuerpo como territorio y la danza como memoria

Muy buenos días/tardes a todas y todos.

Es un honor compartir con ustedes este espacio donde la danza se vuelve lenguaje universal. Vengo desde la Sierra Gorda queretana, con el corazón huasteco latiendo entre el zapateado, la jarana y la voz del violín.

Hoy quiero hablarles de un territorio que danza: la Huasteca mexicana, una región viva que no se define por límites políticos, sino por el entretejido profundo de culturas, lenguas, músicas y pasos que la habitan.

Hablar de la Huasteca es hablar de un país dentro de otro país. Un corredor cultural que abarca seis estados: Tamaulipas, Veracruz, San Luis Potosí, Puebla, Hidalgo y Querétaro. Y aunque a veces se minimiza la presencia queretana dentro de esta región, quiero hacer énfasis en cómo la Huasteca Queretana, con sus pueblos de Tolimán, Peñamiller y San Joaquín, representa una expresión auténtica de esta tradición.

[2] Contexto histórico: danzas de raíz, danzas de resistencia

La Huasteca, como otras regiones danzadas de América Latina, es producto de un entrecruce de memorias: las indígenas, las africanas y las europeas. Lo que hoy llamamos huapango huasteco, o simplemente “son huasteco”, nació de esa fusión, pero se desarrolló con una identidad propia: lírica, picardía, improvisación y un virtuosismo musical que no tiene igual.

Si cruzamos la mirada hacia Argentina, por ejemplo, podemos ver que el tango también nace del mestizaje y la tensión social, como una expresión urbana de los márgenes. Ambos géneros comparten un carácter: el cuerpo como forma de contar historias y la música como testimonio del pueblo.

[3] La danza como patrimonio: el son huasteco

La música huasteca se compone de tres instrumentos principales: el violín, que lleva la melodía con virtuosismo casi acrobático; la jarana huasteca, que marca la base rítmica, y la quinta huapanguera, que sostiene la armonía grave. En el canto, destaca el uso del falsete, que provoca una emoción visceral en quien lo escucha.

Pero es en el zapateado donde el cuerpo toma la palabra. En una tarima de madera, la pareja dialoga sin hablar: ella zapatea con fuerza, pero con elegancia; él contesta con pasos rápidos, a veces provocadores, a veces juguetones. No hay contacto físico entre ambos, pero sí hay conexión, como si el amor o el juego estuviera siempre en el aire.

[4] Las seis huastecas: un mismo latido, múltiples rostros

Aunque hablamos de una Huasteca, cada estado ha desarrollado su propio estilo de interpretar y bailar el huapango. Las variantes sonoras y coreográficas responden a las condiciones culturales, geográficas y hasta climáticas de cada región.

- **En Tamaulipas**, el huapango es sobrio, elegante y profundo.
- **En Veracruz**, se vuelve más costeño, con resonancias africanas.
- **En San Luis Potosí**, destaca por la potencia del zapateado masculino.
- **En Hidalgo y Puebla**, encontramos una fusión con lo ritual y lo festivo.
- **En Querétaro**, que muchas veces se deja fuera del imaginario huasteco, encontramos uno de los estilos más finos y elaborados.

[5] La Huasteca Queretana: entre montañas, encinos y tarimas

La Huasteca Queretana es la más pequeña en extensión, pero enormemente rica en tradición. Sus pueblos han conservado el son huasteco no solo como folclor, sino como elemento de vida cotidiana: en fiestas patronales, bodas, fandangos o concursos escolares, el huapango está presente.

Es importante destacar que la Huasteca Queretana es también Otomí, y que muchas comunidades conservan su lengua, su cocina, y sus rituales como parte inseparable del huapango.

Y es justamente en este contexto que nace uno de los mayores eventos de la tradición huasteca en México: el Concurso Nacional de Baile de Huapango Huasteco en San Joaquín, Querétaro.

[6] San Joaquín, Querétaro: La Catedral del Huapango.

Desde 1970, San Joaquín ha acogido a las mejores parejas de baile de todo el país. Cada Semana Santa, más de 600 parejas se dan cita en este pueblo enclavado en la Sierra Gorda para mostrar su destreza, su amor por la tradición y su respeto por la huasteca.

El concurso se divide en categorías (infantil, juvenil y adulto) y en las seis regiones huastecas, que deben representarse con fidelidad. Este evento no es solo un

concurso, es una cumbre de identidades, una vitrina donde lo rural se convierte en símbolo nacional.

San Joaquín ha sido clave para que el huapango no se vuelva un recuerdo, sino una expresión viva, transmitida de abuelos a nietos, de maestros a discípulos, de tarima en tarima.

[7] Reflexión: danza como identidad y resistencia

¿Por qué seguimos bailando? ¿Qué hace que jóvenes y niñas aprendan los pasos del huapango aunque nunca hayan leído un tratado de historia?

La respuesta es sencilla y profunda: porque en el zapateado, en la música y en la fiesta, se guarda una forma de entender el mundo. La danza nos enseña a relacionarnos, a competir sanamente, a valorar el esfuerzo colectivo. Y, sobre todo, a no olvidar de dónde venimos.

El tango, la cueca, el joropo, el son huasteco, todos tienen algo en común: nacen del dolor y la alegría de ser pueblo.

[8] Cierre: una invitación a mirar con otros ojos

Quisiera cerrar esta intervención con una invitación:

Que no veamos el folclor como un escaparate turístico o como una pieza de museo, sino como una práctica viva, en constante transformación. Que escuchemos el violín huasteco como un llamado a volver a nuestras raíces. Que reconozcamos en cada paso, en cada falsete, una historia de amor, de lucha y de comunidad.

Y que cuando escuchen la palabra “Huasteca”, también piensen en Querétaro. En sus encinos, en sus comunidades, y en esa tarima vibrando en San Joaquín, donde cada año, la patria se hace danza.

¡Muchas gracias!

Estoy abierto a preguntas, reflexiones o simplemente a seguir danzando con ustedes desde las palabras.